

Narrativas de violencia y resistencia de las infancias zapatistas

Educación autónoma y contrainsurgencia en Chiapas

Angélica Rico Montoya

El movimiento indígena zapatista es un caso paradigmático de resistencia y organización ante la violencia política y la contrainsurgencia, por más de tres décadas. Más que una propuesta política y económica, la autonomía representa una amplia iniciativa sociocultural, educativa y de formación de nuevos sujetos, expresada en las permanencias y transformaciones en torno a las nociones de infancia y educación. A partir de narrativas de infancia de cinco madres, testimonios de dos abuelos y charlas con niñas y niños, se analiza la relación madre-niño en las prácticas socioeducativas, políticas y de resistencia ante la guerra, así como su incidencia en el cambio y resignificación de subjetividades de los individuos más que como víctimas de guerra, como sujetos que se reinventan y participan al interior del movimiento rebelde.

Palabras clave: infancia indígena, resistencia, contrainsurgencia, educación autónoma, socialización.

VIOLENCE AND RESISTANCE NARRATIVES. SOCIALIZATION OF THE ZAPATISTA CHILDHOODS CHIAPAS, AGAINST LOW INTENSITY WARFARE.

The militarization of the country that is rationalized by the Government of Mexico as the only way to contain crime, not only generates insecurity among the population, but fear and social demobilization. In this sense, the Zapatista indigenous movement is a case of resistance and organization against low intensity warfare, for more than three decades. More than a political and economic proposal, autonomy; represents a broad cultural and educational initiative to create new social subjects, expressed in the permanence and transformations around the notions of childhood and education. Through histories of mothers and conversations with the children, the impact of socialization and autonomous education is analyzed in terms of change and redefinition of their subjectivities, rather than as victims of war, as subjects who reinvent themselves and participate actively within the insurgency.

Key words: indigenous children, resistance, low intensity warfare, Zapatista autonomous education, socialization.

El contexto rural mexicano está marcado por la violencia en múltiples dimensiones. La militarización y la apropiación de recursos naturales por parte de las transnacionales; son muestra de ésta, pero también lo son la desigualdad, la exclusión y el racismo. Si la *colonialidad del poder* refiere a la interrelación entre formas modernas de explotación y dominación, *la colonialidad del ser* apunta a la experiencia vivida durante la colonización (Mignolo, 2003; Maldonado, 2003); en el caso de Chiapas, el *sistema de fincas* (siglos XVIII/XIX) como un modelo de producción, de corte colonial, marcó irremediamente la memoria de varias generaciones de indígenas que huyeron de la opresión y del poder caciquil, para poblar la Selva Lacandona (Toledo, 2002).

Sin embargo, así como la violencia política trastoca las subjetividades de mujeres, hombres y niños, también lo hacen las resistencias y autonomías. En este sentido, el movimiento indígena zapatista ha sido un caso paradigmático de organización. Pero, ¿qué ha permitido los cambios generacionales de este movimiento por más de 30 años?, ¿cómo es posible que generaciones de niños y jóvenes indígenas no sólo resistan a la contrainsurgencia, sino que se organicen en torno al proyecto autónomico que iniciaron sus padres y abuelos?

Al menos cuatro generaciones han vivido su infancia al interior del movimiento rebelde y en oposición clara al Estado. En la década de 1980, miles de niños y niñas junto a sus padres no sólo conocieron los abusos de los finqueros, capataces y guardias blancas, con el apoyo del ejército federal, sino la decisión de comenzar con la organización de autodefensa político-militar, a partir del silencio y la clandestinidad.

Durante el levantamiento armado de 1994, los pequeños zapatistas también *tuvieron que cubrir su rostro para ser vistos*. Tal como los adultos, fueron desplazados de sus comunidades. En la etapa reciente de organización político-pedagógica, otras generaciones más de niños han crecido en la construcción de la autonomía, siendo los agentes principales de la educación autónoma como educadores y como alumnos (Baronnet, 2015).

La condición de infancia en contextos de conflicto armado, está atravesada por procesos dialógicos, sociales, culturales e históricos. Los sentidos propios del sujeto, no surgen a partir de su individualidad, sino que se construyen socialmente (Ospina-Alvarado, Alvarado y Ospina, 2013). Nombrar la infancia en contexto de conflicto armado implica recoger sus modos de vivenciar la guerra, asignar significados respecto a las experiencias de vida de los niños y de su relación con los otros (Bruner, 2004), de ahí que se sitúe este estudio en la relación madre-niño.

Mi trabajo educativo, político y cultural con comunidades zapatistas de los Altos y Selva de Chiapas, por más de 18 años, en proyectos de educación autónoma pero sobre todo con los niños y niñas zapatistas en proyectos de derechos humanos y socioculturales en contexto de guerra, me ha permitido un acercamiento cotidiano a

las prácticas socioeducativas y políticas de las infancias zapatistas;¹ asimismo, ubicarme en una posición privilegiada de confianza y de respeto mutuo, de la que no era del todo consciente, hasta que la actitud de las compañeras hacia mí y su apertura para contarme su historia, sus sueños, sus dolores, sus miedos y sus recuerdos, algunos de éstos compartidos, me mostraron que de cierta manera, su historia también es parte de mi historia. En este artículo se rescatan fragmentos de las memorias y trayectorias de vida de cinco mujeres-madres-militantes zapatistas, los testimonios de dos abuelos y padres de ellas, también militantes, así como las charlas y reflexiones con las hijas e hijos de dichas mujeres, entrevistados en sus hogares, en la milpa, en la cascada, cerca del retén militar y de camino a la escuela autónoma en 2015 y 2016. A partir de las “narrativas generativas” (Arendt, 1958; Jimeno, 2008) que los propios sujetos ubican en algunos momentos históricos del movimiento zapatista, se analiza la violencia política experimentada por los actores, así como la forma en que construyen y resignifican la educación y socialización indígena en su proyecto político de liberación. Cabe señalar que dada la temática que se aborda en este artículo los nombres de las mujeres, niños/as y abuelos han sido cambiados por su *nombre de lucha*,² tal como fue decidido por ellos mismos.

ACERCAMIENTO TEÓRICO: LA GUERRA SILENCIOSA, LOS NIÑOS Y LA EDUCACIÓN ZAPATISTA

Desde 1995, con el posicionamiento territorial del ejército federal en poblaciones con presencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el gobierno mexicano ha utilizado la contrainsurgencia, para fragmentar el tejido social comunitario, con el uso deliberado de mecanismos políticos, económicos, sociales y militares para desmoralizar a los milicianos y destruir la base económica de las familias indígenas, además de formar grupos paramilitares (López y Rivas, 1999) que lastimen física y psicológicamente a las bases zapatistas, conformadas en su mayoría por mujeres niños y ancianos (Pérez, Santiago y Álvarez, 2002).

¹ Antes de trabajar con las madres zapatistas y sus hijos, para la investigación de doctorado (2014-2016), trabajé durante muchos años con los niños, niñas indígenas de la selva y los altos de Chiapas en proyectos educativos y socioculturales en contexto de guerra (1997-2001), también fui capacitadora de promotores y promotoras de educación autónoma zapatistas (2001-2007).

² En territorio zapatista todos los militantes adoptan un nombre de lucha. Cuando son pequeños los niños y niñas zapatistas juegan a cambiarse el nombre y sus padres los respetan en ese sentido, todos los días pueden tener un nombre diferente. Cuando asumen un cargo político, el nombre de lucha pasa a ser el nombre por el que son reconocidos en la organización.

En contexto de guerra los niños y las mujeres son las principales “víctimas inocentes”; no obstante, en este tipo de guerra, suelen ser vistos como objetivos estratégicos de la contrainsurgencia, al representar la continuidad de la organización etnopolítica. En el caso del conflicto armado en Chiapas, este posicionamiento genocida se hizo evidente el 22 de diciembre de 1997, con la *Masacre de Acteal*, perpetrada por el grupo paramilitar “Máscara Roja”, en la que asesinaron a 45 indígenas tzotziles, en su mayoría mujeres (cuatro de ellas embarazadas), niños y niñas, bajo la consigna de “acabar con la semilla zapatista” (Hernández, 1999; Rico, 2007).

El ataque paramilitar no sólo estuvo cargado de violencia física hacia las mujeres y niños, sino simbólica con el objetivo de desmovilizar la organización y generar terror entre la población. Poniendo en evidencia la estrategia contrainsurgente con la que se pretende controlar a las nuevas generaciones de *posibles adversarios* (Young, 2003; Otonnu, 2003).

La guerra tiene un impacto global en el desarrollo emocional del niño, en sus actividades, relaciones humanas, normas morales, incluso en su visión de futuro. Cabe señalar que no sólo es una situación externa de estrés con la que el niño tiene que lidiar; sino que se vuelve parte importante de su psiquismo y de su vida mental.

Durante el conflicto armado en El Salvador, Martín-Baro identificó “dos formas, principales en las que los niños pueden involucrarse en una guerra: tomando parte activa en ella o siendo sus víctimas” (1990:242). Estas dos formas no son excluyentes, muchos niños caen como víctimas al tomar parte activa en las confrontaciones bélicas, mientras otros se incorporan a la lucha armada, al sentirse víctimas de la guerra.

En un estudio sobre el conflicto armado colombiano, se analizó que los discursos y las interacciones están enmarcados por diversas manifestaciones de violencia, siendo el miedo y la venganza características constitutivas de la condición de infancia (Ospina-Alvarado, Alvarado y Ospina, 2013). Otra dimensión analizada es la ausencia de futuro, presente en los relatos: “[...] los niños de un país en guerra no se atreven a imaginar lo que harán cuando sean grandes; algunos ni siquiera quieren ser adultos, o no creen que sea posible. La muerte es para ellos algo muy cercano” (Lozano, 2005:12).

En un estudio sobre la comunidad indígena de Tepoztlán, México, organizada en torno a la defensa de su territorio, se observó que en las actitudes de los niños se puede identificar su sensibilidad para captar la situación política que les rodea, así como su capacidad para involucrarse. Al proceso educativo en el que los niños se ven inmersos en la construcción de un conocimiento social y político, acorde con los valores culturales de su localidad, Corona y Pérez (2003) lo denominan “pedagogía de la resistencia”.

De forma semejante, en Chiapas, las familias zapatistas y sus aliados locales han construido en sus territorios un cierto paisaje de lucha y resistencia ante la guerra. El conocimiento de las bases zapatistas respecto de la contrainsurgencia y su com-

promiso político, les ha permitido crear en torno a los niños y niñas espacios educadores y de reflexión, como la escuela autónoma, asambleas comunitarias, Juntas de Buen Gobierno (instancias de autogobierno), fiestas y ceremonias rebeldes (Baronnet, Mora y Stahler-Sholk, 2011), sin olvidar el espacio familiar y comunitario donde los pequeños pueden escuchar porqué están luchando sus padres y abuelos, preguntar sus dudas en un ambiente propicio, decir lo que sienten y piensan. Además de que construyen su propia forma de ser autónomos y vivir en resistencia de acuerdo con su edad.

Los sitios autónomos son espacios dialógicos de reflexión colectiva en torno a la guerra, la organización y los problemas cotidianos, además de buscar estrategias políticas para dar solución a las demandas zapatistas,³ a partir del trabajo colectivo y bajo el principio rector del “mandar obedeciendo”.

Cabe resaltar que los niños y niñas para el movimiento zapatista, no son sólo los que pueden dar continuidad a la lucha, sino que son el motivo por el que se lucha. Antes de 1994 la muerte en la primera infancia por enfermedades curables y desnutrición era aún más cotidiana (Sánchez, 2006). Persiste la creencia en los imaginarios de los pueblos de la Selva, de que se deben tener muchos hijos porque no se sabe cuántos de ellos logren sobrevivir.⁴ En cada discurso público zapatista la presencia de las nuevas generaciones se hace presente.⁵

En este sentido, la memoria histórica, los lazos comunitarios y familiares desempeñan un papel preponderante en la reproducción política, social, económica y cultural de los pueblos en resistencia. Cabe señalar que los vínculos colectivos y las formas de organización social es lo que ha permitido la sobrevivencia de las diferentes

³ Las primeras 11 demandas son tierra, techo, salud, educación, alimentación, trabajo, independencia (autonomía), libertad, democracia, justicia y paz (Órgano informativo del EZLN, 31 de diciembre de 1993).

⁴ En el contexto de altísimas tasas de mortalidad infantil se complica más. La razón es sencilla: cuando ronda la muerte, la planeación familiar pierde sentido. Por eso, las zapatistas señalaron en la mesa sobre Derechos y Cultura Indígenas: de acuerdo con la Cumbre de la Infancia de 1994, la única manera de decrecer la “explosión demográfica” es que decrezca la mortalidad infantil, por lo que se deduce que con programas de nutrición adecuados y medidas de saneamiento rural, las comunidades seremos capaces de autorregular nuestro crecimiento (Bonfil, 1999:59).

⁵ “Nos hicimos soldados para que nadie más tenga que volverse soldado”, “cuidamos a la Madre Tierra, para que los que vienen puedan disfrutarla”, “quizá no veamos el triunfo, pero estamos construyendo un futuro mejor para los que vienen” (Rico, 1997). En muchos comunicados del subcomandante insurgente Marcos y del C-CRI, la vida y sufrimiento de los Eribertos, AnaMarías, Toñitas son justificante de la lucha.

etnias en México; ante las condiciones de desatención e injusticia. El ideal desde la visión indígena zapatista, es que sus niños/as puedan ser autónomos para sobrevivir, pero también solidarios, con un corazón bueno que les permita respetar y ayudar a los demás. En la educación tseltal tradicional se sabe que esto sólo es posible si se enseña con cuidado, amor y sobre todo con el ejemplo (Paoli, 2003; Gómez, 2014).

El presente análisis busca contribuir a visibilizar a los niños y niñas zapatista no como víctimas incapaces de actuar, sino como agentes que toman decisiones y se han planteado estrategias de resistencia y de adaptación, en un conflicto que lleva más de 30 años.

RECUERDOS DE LA FINCA. LA MEMORIA COTIDIANA

Si se permaneciera un día al lado de un niño o niña indígena en la milpa, caminando por la comunidad, en alguna fiesta o simplemente sentado a su lado en silencio, se podrían escuchar incontables narraciones de los abuelos y abuelas: historias de las fincas (De Vos, 2002), de la explotación, de cuando llegaron a poblarla. También entenderíamos porqué los zapatistas, decidieron tomar las armas para defender el territorio que les habían heredado los antepasados mayas y que ellos habían recuperado con mucho sacrificio.

En este mar de historias, narradas por los niños, los padres, hermanos y abuelos, el recuerdo compartido de las *fincas* y la violencia infringida a los “abuelos” tiene una connotación especial. Seguramente es la primera enseñanza que reciben los niños de sus mayores para explicarles la lucha. Así recuerda Gabriela, madre tseltal, las historias de su abuelito:

Mi abuelo nos contaba historias, chistosadas, leyendas [...] de niño vivió en una finca con sus papás [...] tenía muchas historias [...] maltratos, dolor [...] injusticias pues [...] el jtatik⁶ (abuelo) todavía llora cuando se acuerda cómo perdió a sus papás [...] los mataron por desobedecer al patrón. Tuvo que salir huyendo con sus hermanitos [...] Me daba coraje pensar en la vida de los abuelos, los trataban como animales, a latigazos, a gritos, tenían que cargar a las señoritas de vestidos largos, en sus lomos como animales de carga (entrevista, julio de 2014).

Además de la colonialidad del poder, expresada en la explotación económica y dominación infringida por los patrones, la narración de Gabriela denota claramente

⁶ Forma de referirse a los abuelitos de manera cariñosa, pero sobre todo con respeto, en lengua tseltal.

cómo el maltrato, los golpes y la denigración constante generaban la sumisión de un ser humano ante otro, la “colonialidad del ser” (Mignolo, 2003; Maldonado, 2003) la experiencia de violencia sufrida por los abuelos indígenas, sin duda sigue doliendo a las nuevas generaciones.

Las fincas chiapanecas de las década de 1970 y 1980 son pensadas como espacios coloniales, suspendidos en un pasado retrógrada. Los finqueros se sentían descendientes directos de los colonos españoles, veían a los indígenas igual que los misioneros y conquistadores del siglo XV, como “seres sin alma”, que podían ser asesinados en total impunidad y con la complicidad de las autoridades, en una “actitud fundamentalmente genocida con respecto a sujetos colonizados y racializados” (Maldonado, 2003:140).

Si la vida de los hombres era difícil, la de las mujeres era infinitamente peor; a la idea de discriminación racial se le sumaba la idea de género. Basta recordar que en el proceso de colonización en América, los hombres europeos consolidaban su dominación a partir de la violación masiva de mujeres indígenas (Hernández y Canessa, 2012). En este sentido, el testimonio de Manuela, mamá tselal, ejemplifica el sentir de su abuelita en la finca:

De chiquita mi abuelita aconsejaba: Manuela vive bien, dice [...] en la selva no hay golpes, gritos, burlas, hay libertad, no hay dueño. En la finca, el patrón quiere mujer, nomás lo agarra, lo viola [...] el papá [...] el esposo no lo reclama [...] te encuentras colgado en el árbol, pues, te mata [...] y después a los perros (entrevista, 2015).

Los abusos de los finqueros en contra de las mujeres no eran sólo de carácter laboral, persistía el derecho de pernada: de forma tácita los patrones se otorgaban el derecho de mantener la primera relación sexual con las mujeres, en contra de su voluntad. También las ofrecían a autoridades públicas, presumiendo ser buenos proveedores (Sipaz, 2015).

Sin embargo, el racismo y los agravios a los indígenas no sólo ocurrían en las fincas sino en ciudades como San Cristóbal de las Casas,⁷ como lo señala Mariana, madre tzotzil, de 23 años y promotora de educación autónoma:

Mis abuelitos llevaban su verdurita a San Cristóbal, a vender pues. Los coletos les tiraban sus cosas y a patadas los bajaban de las banquetas, los escupían por ser indios,

⁷Todavía en la década de 1980 los indígenas llamaban a los habitantes de San Cristóbal “coletos”, por seguir usando el cabello en forma de coleta al estilo de los colonizadores españoles. Los coletos no permitían a los indígenas usar las banquetas o mirarlos directamente a los ojos sin ser reprendidos de alguna forma.

decían que no eran gente de razón. ¿Qué van a hacer los abuelitos si tenían que comer? [...] más que aguantar. Ahora ya no es así, después del levantamiento (1994) como que empezaron a respetarnos (entrevista, julio de 2015).

El testimonio de Mariana permite entender que el levantamiento armado fue en cierta medida una respuesta desesperada a lo que vivían los indígenas en ciudades y fincas, las que seguían funcionando bajo un sistema semifeudal (Leyva y Ascencio, 1996; De Vos, 2002; Harvey, 2000). El cambio político y sociocultural que se originó después del *Ya Basta zapatista*, promovió el respeto y reivindicación hacia *lo indígena*. Este cambio no sólo ocurrió en el campo público sino esencialmente al interior del movimiento y en la subjetividad de los militantes zapatistas (Millán, 2014). Sin embargo, esta toma de conciencia no surge como la internalización de un dogma político impuesto, sino como un aprendizaje colectivo y reflexionado, transmitido de generación en generación a partir de la educación rebelde en el hogar, la comunidad y los espacios autónomos.

LA MEMORIA Y LA SOCIALIZACIÓN INFANTIL ZAPATISTA

La cultura oral propia de los pueblos indígenas, en el caso de las familias extensas zapatistas está marcada por la violencia política pero parece ser matizada por la dignidad, la organización y la resistencia de los pueblos indios cuando es narrada a los niños, tal como lo explica Amalia, mujer ch'ol, base de apoyo zapatista:

En la familia se habla con los niños de la lucha y la resistencia, Xap (su hijo de 9 años) ya sabe la resistencia [...] su papá le cuenta historias [...] cómo vivían nuestros abuelos en las fincas, les pegaban, morían de enfermedad, de hambre (suspira) por eso se hizo la organización zapatista para luchar contra los finqueros. Hombre en resistencia no puede hacer lo que hace el *lekobäyumäl* (mal gobierno) contra los pobres (entrevista, junio de 2014).

A través de la historia y memoria familiar, no sólo se les explica a los niños cómo vivían los abuelos, sino el motivo por el que deben organizarse. Asimismo, Amalia expresa su deseo de que algún día su hijo sea un “hombre en resistencia”, un hombre ejemplar que defiende a los pobres, similar al término de *isu'elbäwinik* (en ch'ol) o *jun winik smeletl skop* (en tselal) “hombre verdadero”, utilizado en la lengua indígena para describir a un hombre digno, bueno, justo y sabio, capaz de narrar la historia de sus pueblos.

En este mismo tenor, Freddy, niño tselal de 12 años, hijo de Ana María, refuerza la idea de que *ser zapatista* implica ser valiente para defender a los desprotegidos:

Mi mamá me cuenta cosas tristes, sus abuelitos vivieron las fincas. A veces sueño que voy a verlos [...] y los rescato pues [...] para eso soy zapatista [...] Dicen que pagaban con trago, nada de dinero pa' comprar tu comida. Trago y golpes [...] veías buena comida en la mesa de los patronos [...] carne, frutas, dulces [...] y tu panza vacía chillando, dormías con hambre (entrevista, abril de 2015).

El testimonio de Freddy es tan vívido que parece que él estuvo en la finca y experimentó el hambre. Del mismo modo expresa sus deseos de salvar a los abuelitos, como si ellos siguieran viviendo ahí; cabe señalar que más allá de un error en el tiempo, desde la cosmovisión indígena, los antepasados están presentes en la cotidianidad, compartiendo su sabiduría, conocimientos ancestrales y dolores.

Freddy también rememora la costumbre de los finqueros de pagar los jornales con vino, situación que es cuestionada desde el movimiento rebelde. Debemos recordar que una de las exigencias de las mujeres zapatistas es que quienes militan en el movimiento no beban alcohol, porque “los hombres se embrutecen y golpean a mujeres y a niños”, además de identificar “el tomar trago” con una práctica colonizadora, debido a que los finqueros pagaban a los peones con alcohol, situación que acrecentaba el sometimiento de los indígenas en las fincas y un mayor sufrimiento para los niños y las mujeres que carecían de dinero para comprar ropa, comida, zapatos y medicina.

Por otra parte, Gabriela y su hija Alma de 12 años, además de referirse al uso de la memoria colectiva en la socialización infantil zapatista, ofrecen pistas para analizar cómo se han empezado a transformar los roles tradicionales de género (Millán, 2014). Gabriela, quien decidió dejar su comunidad a los 17 años para enlistarse como insurgente zapatista, y después de 14 años decide regresar a su comunidad para poder ser madre, explica:

Me gusta leer con la Almita, platicar con ella horas, caminar en la montaña, contarle porqué luchamos los zapatistas [...] le cuento cómo vivíamos antes de organizarnos. Cómo llegaban los caciques y los ejércitos a matarnos pues, como animales nos cazaban así nomás [...] Le cuento porqué decidí irme a la montaña, tomar las armas, luchar por algo mejor para ella y los que vienen [...] Le hablo del valor de las mujeres, que tenemos derechos (entrevista, julio de 2014).

Gabriela, además de hablar de la represión, como una de las causas por las que comenzaron la organización política y uno de los motivos por los que ella se unió a las filas del ejército rebelde. También enumera algunas actividades que realiza con su hija,

y que en cierto sentido rompen con los roles tradicionales de “la mujer tselal”, que ella aprendió cuando aún era pequeña, como explica en el siguiente testimonio:

Tuve que quedarme a lavar la ropa, cuidar niños, poner maíz, lavarlo y molerlo echar tortilla. Tenía como 8 años. Lo peor era echar tortillas, si no la volteaba bien, mi mamá me quemaba las manos con la masa. Cuando hablaban de casarme, yo pensaba, para echar tortilla, lavar la ropa de mi marido, tener hijo tras hijo, no, para qué, pero si no me caso entonces ¿qué hago? [...] no sé hacer nada [...] apenas si leía, una suma, poco castilla. Ah eso sí, mi papá y hermanitos me enseñaron a cazar, poner trampas, pescar [...] quizá por eso pude ser insurgente [...] Fui miliciana varios meses, después me fui a la montaña, ¡ah que problema con mi mamá, cómo le lloró a mi papá, ¡para que no me dejara! [...] Pero como estaba decidida.

Gabriela no estaba conforme con su rol tradicional de mujer ni con la educación que recibía por parte de su madre. Sin embargo, la relación con su papá y hermanos era buena y de respeto, por lo que tuvo la oportunidad de tomar una decisión, que transformó su vida e influyó en su entorno, al ser una de las primeras *insurgentes* de la región y ahora ser madre de una niña. Lo primero que aprenden los insurgentes zapatistas antes de tomar un arma, es a leer, escribir y primeros auxilios. El subcomandante insurgente Marcos, en varias ocasiones ha explicado que mientras la célula mestiza proponía derrocar al gobierno, la parte indígena (la mayoría) exigían campañas de salud, vacunación y educación para sus pueblos (Rico, 1997).

Para Gabriela, al ser alfabetizada en la montaña y por su participación cotidiana en círculos de estudio, es común leer, discutir sobre lo que se lee, caminar en la montaña, incluso cazar. Para Alma, quien toda su vida ha vivido en el proceso autonómico, también es normal, porque ha sido socializada en esa forma por su madre. Alma puede expresar sus ideas e incluso cuestionar a su mamá, como se podrá ver en el siguiente testimonio:

Mi mamá sabe caminar en la noche, cazar, no le tiene miedo a nada, es bien chingona [...] lo malo es que no sabe echar tortilla,⁸ por eso mi abuelita la burla [...] Mi mamá sabe historias, cómo vivieron los abuelitos y no entiendo, cómo lo permitieron los mayas siendo tan sabios. Los antiguos mayas tenían conocimiento, estaban organizados

⁸ Las mujeres indígenas de México cuecen, muelen y amasan el maíz para realizar una tortilla, que termina de coserse a fuego lento en el comal, para acompañar prácticamente todos los demás alimentos de los mexicanos. En las ciudades las tortillas se compran. A manera de anécdota, cuando una mujer sabe hacer tortilla se dice que ya está lista para casarse.

[...] así dicen en la escuela (autónoma), sabían matemáticas, leían las estrellas. ¿Qué pasó entonces?, ¿por qué se dejaron lastimar? (Alma, abril de 2015).

Al principio del testimonio de la niña denota la admiración que siente por su madre, por todo lo que sabe hacer y la burla que recibe por parte de su abuela, por no cumplir con los roles tradicionales de la mujer tseltal. Por otra parte, la niña reflexiona sobre la contradicción de la servidumbre en la que vivieron sus abuelitos y la grandeza del pueblo maya, de la que ella se siente parte y que es reforzada en la escuela autónoma. Alma se asume con derechos y no entiende cómo alguien puede permitir que lo denigren por ser indígena, tal como lo hicieron con sus abuelitos.

LA COLONIZACIÓN DE LA SELVA LACANDONA

Así como la vida en las fincas forma parte de las memorias dolorosas de los pueblos rebeldes, el primer acto de rebeldía y valentía, que conocen los zapatistas en su infancia es la decisión de sus abuelos y padres de escapar de la sumisión en las fincas e internarse en la Selva Lacandona en busca de un hogar digno para su familia. La idea de poblar la selva no sólo era para conseguir un pedazo de tierra para trabajarla y vivir en ella, sino la posibilidad de acabar con el yugo y la violencia a la que eran sometidos.

Amalia, quien salió de la finca a la edad de 10 años junto a su familia, explica:

Nací cerca de Tumbalá (comunidad ch'ol) mi papá salió primero, a buscar tierra [...] pero no había, ni chapay, ni río. Llegaron a Palenque, tomaron un tren al *kolejá* (río grande) y encontraron nuestro lugar (julio de 2014).

Encontrar su lugar para establecerse, como explica Amalia, lleva su tiempo; era necesario que ese lugar cubriera muchas condiciones, pero sobre todo que los aceptara y que tuviera agua para la siembra. Muchas comunidades de la selva están ubicadas alrededor de ríos, arroyos, cascadas, lagunas y ojos de agua, en los que actualmente se siguen realizando rituales y ceremonias a los dueños del monte, para que nunca falte el agua y tengan buenas cosechas. Sin embargo, la belleza de la selva contrastaba con los peligros que tuvieron que enfrentar los nuevos habitantes, tal como lo recuerda Amalia:

En la selva hay ruidos, animales que te pican, *xinich* (hormigas) que te enferman pues, los bebés lloran, no saben espantar zancudos [...] Yo llegué con mis papás, mis abuelitos se quedaron con el patrón (en la finca), tenían miedo pues, pero mi papá no. Mi mamá sí, lloraba de susto, qué vamos a hacer, decía, nos van a comer los leones [...] No es

como ahora, había mucho monte, animales grandes se paseaban afuera de las casas. El papá asustaba con palo, con lumbre, hasta que se iba [...] Mi papá y hermanitos sembraban, pescaban en el río grande, con un palo con filo o con las manos, yo aprendí con las manos cuando iba a bañar, a lavar con mi hermanita después lo asaba. Mamá dejó de llorar, y ya estuvimos tranquilos.

Amalia habla del valor que su papá tuvo para abandonar la hacienda e incluso dejar a sus padres, por buscar una vida mejor para sus hijos. Sin embargo, a pesar de los peligros, ella recuerda con gusto sus juegos y aprendizajes. Vivir en la selva, requiere que los niños, desde pequeños aprendan a cuidarse, buscar y utilizar plantas medicinales e identificar los ruidos de los animales salvajes. Juan (12 años), hijo de Amalia, así recuerda lo que le contó su mamá:

Mi mamá dice que no había nada [...] puro monte, ¡ni escuela, ni botiquín autónomo, nada! [...] tigre, zorrillo, tlacuache, por eso aprendimos a cazar, para defendernos, para alimentarnos, pronto aprendí a comer fruta, a conocer la mala yerba (abril de 2015).

Juan expresa su sorpresa porque no había escuela ni centro de salud autónomo. Al crecer inmerso en la autonomía, los espacios construidos por las bases zapatistas son cotidianos y para los niños, resulta inimaginable vivir sin ellos. Mediante los imaginarios la comunidad instituye un orden simbólico que le garantiza su continuidad y su reproducción, sin embargo, a causa de la guerra día a día resulta ser más complicada la sobrevivencia en la selva. Como explica José, abuelito de Juan:

Le contamos del peligro y el sufrimiento al niño no para asustarlo, ni lastimar su corazón sino para que sepa su historia, conozca nuestra tierra, nuestra vida como indígena [...] Aunque no muy entienda, su corazón lo guarda, cuando sea grande lo va a investigar, buscar en libros y va a ver que es cierto lo que le contaron sus padres (junio de 2015).

No se espera que el niño crea en lo que se le cuenta, sino que lo guarde en su memoria y que pueda investigar, analizar, cuestionar y, quizá, si se convence, transmitir la historia de sus pueblos a las nuevas generaciones. La memoria colectiva y los conocimientos ancestrales son usados en la educación zapatista y en la socialización comunitaria para explicar la lucha y resistencia de los pueblos rebeldes.

Para el niño, su medio es fascinante, está lleno de secretos que no sólo son revelados por los adultos ni por los hermanos mayores, sino que los descubren a partir de sus juegos y en sus paseos. Desafortunadamente los niños y niñas al conocer su hábitat,

también tienen que aprender a cuidarse de los peligros que conlleva la guerra y muchos en este proceso, han experimentado en carne propia la violencia política del Estado.

LA ENTRADA DEL EJÉRCITO A ZONA ZAPATISTA

Desde el 9 de febrero de 1995,⁹ con el posicionamiento del ejército en la Selva Lacandona, los ataques paramilitares, desplazamientos forzados y militarización de las comunidades zapatistas han sido constantes, tal como lo exige el manual de contrainsurgencia denominado “Plan de campaña Chiapas”.¹⁰ De ahí que la gran mayoría de los mexicanos, gracias a los medios de comunicación masiva, piensen que en Chiapas ya no pasa nada, que sólo hubo guerra los primeros 12 días de enero 1994.

Nuestros niños corren mucho peligro en la selva, con el *chopolaajualil* (mal gobierno), sus bombas, sus soldados y paramilitares. El pinche gobierno no deja en paz a nuestros pueblos, “no da, pero como quita” (José, papá de Ana María, 2015).

Todavía Ana María, autoridad autónoma, recuerda cómo entró el ejército a su comunidad, con tanquetas y helicópteros, “echando bala”. Ella y su primo de 12 años fueron los encargados de cuidar a los niños en la montaña.

¡Nos engañaron los cabrones, viene el ejército está matando a todos!, gritaban en la comunidad. Como mi papá era responsable tuvo que avisar casa por casa. Dijo, mi hija vete a la montaña, lleva tus hermanitos, tus primos, que el Beto te ayude. Mi papá, mamá, recogieron una cobijita, uno su pozol, una nuestra ropita y subieron con nosotros [...] Claro que tenía miedo, estaba chiquita pues, como 10 años, se oían disparos, bombas, los helicópteros volaban. Los más chiquitos lloraban [...] No sé cuánto tiempo estuvimos escondiéndonos, con hambre, mojados [...] dicen que a los zapatistas que agarraban en las comunidades los torturaban, desaparecían, parejo: niños, grandes [...] por eso aguantamos en la montaña.

⁹ Bajo las órdenes de Ernesto Zedillo, quien decidió romper unilateralmente la tregua del cese al fuego pactada con el EZLN en 1994, el ejército se internó en la selva para cumplir 18 órdenes de aprehensión contra la dirigencia zapatista incluyendo al subcomandante insurgente Marcos.

¹⁰ “Plan de Campaña Chiapas 94” [http://www.frayba.org.mx/archivo/articulos/941001_plan%20de_campana_chiapas94_sedena.pdf las táctica].

En el testimonio de Ana María está claro que desde 1994 en Chiapas no hay enfrentamientos entre soldados e insurgentes, sino ataques militares contra los civiles zapatistas, incluyendo a los infantes. Además, se muestra cómo los papás tienen que confiar y darles responsabilidad a los niños mayores, si quieren sobrevivir (Rico, 2013). En las comunidades indígenas los niños no están aislados, “se integran de forma natural en las actividades de los adultos, más aún, cuando circunstancias políticas y sociales, como la guerra, obligan a los adultos a actuar junto con ellos” (Rogoff, 1993:166).

Ante la entrada de los helicópteros y tanques militares, cientos de comunidades salieron en éxodo a la montaña huyendo del ejército. La mayoría de los desplazados permanecieron escondidos cerca de un mes, antes de empezar a retornar a sus casas, pero muchos otros se quedaron escondidos hasta que se reanudó el diálogo en abril de 1995. Ana María y José, su padre, recuerdan su estancia en la montaña de esta manera:

Hubo mucho muerto, niñitos, mujeres embarazadas [...] de hambre pues, no había ni que darles [...] nuestros pobres niños, allá sentaditos, aguantando lluvia, hambre [...] daba un chingo de coraje. Tuvimos que detener a un compa desesperado, quería aventarse con todo y niño al vacío [...] su alalito (bebé) tenía hambre y no paraba de llorar, fue duro [...] ¿para qué vamos a negarlo? (José, guarda silencio consternado). Un bebé sí nació, ¿recuerda? (interviene Ana María al ver la tristeza de su padre) le ayudé a mi mamá, pues como es partera. Chiquitito, bonito, sano [...] como dice mi abuelita, un bebé que aprendió a resistir antes de comenzar a vivir [...] y sí [...] con el bebé nació la esperanza (julio de 2015).

Además de la militarización, la táctica militar más efectiva en la selva ha sido el uso de paramilitares, porque no sólo asesinan y obligan al desplazamiento forzado de comunidades enteras sino que generan un clima cotidiano de terror e inseguridad. Aunque los ataques paramilitares se muestran ante la opinión pública como “enfrentamientos intercomunitarios” independientes al Estado, la realidad es que la formación de grupos paramilitares es fomentada por el ejército federal de manera clandestina.¹¹ Se invita por medio de los partidos políticos y programas sociales,

¹¹ Los grupos paramilitares que actúan en la zona son el MIRA; Paz y Justicia, Chinchulines. Es evidente la presencia de hombres de ejidos cercanos, identificados por las pobladores, entrenando periódicamente en cuarteles militares, así como la presencia de asesores y militares de alto rango en comunidades con fuerte presencia partidista y paramilitar. Datos y observaciones sistematizadas en la tesis “Niñas y niños tseltales en territorio zapatista. Resistencia, autonomía y guerra de baja intensidad” (Rico, 2007).

a hombres y jóvenes a organizarse para *proteger sus proyectos, con la premisa de la autodefensa civil*.¹² Por esta vía, el Estado ofrece a los jóvenes una solución a su situación económica, además de poder y estatus conferido por las armas (Valencia-Suescún, Ramírez, Fajardo y Ospina-Alvarado, 2015).

LOS DESPLAZADOS. EL ROSTRO DEL CONFLICTO EN CHIAPAS

El ataque paramilitar más conocido y analizado durante el conflicto armado en Chiapas es, sin duda, el ocurrido en Acteal y en otras 14 comunidades tzotziles de los Altos de Chiapas en diciembre de 1997 (Hernández, 1999), provocando el desplazamiento forzado de más de 10 mil personas, quienes fueron acogidas por el Municipio Autónomo zapatista de Polh'o. Dicho desplazamiento fue experimentado por Mariana, madre tzotzil y promotora de educación zapatista, a la edad de 6 años:

Llegamos miles (de personas) a Polh'o huyendo de los Máscara roja, de los aviones. A los hermanos de Acteal los agarraron orando, niños, mujeres [...] como animales, arrancaron bebés de la panza de su mamás, los pateaban en el suelo, algunos huyeron [...] niños huérfanos, madres sin hijos [...] tuvieron que dejar ahí en el suelo a sus muertos, contaban las mujeres, gritando [...] fue un infierno [...] Yo llegué de *Pokonichim*, estamos enfermos, heridos de bala [...] con tos y frío. Mi hermanita lloraba, mi mamá la abrazaba y le daba su *chuchu* (amamantaba) [...] A los niños nos acomodaron en el suelo de la ermita, pusieron ramas de pino para acostarnos, querían que durmiéramos, pero pus cómo [...] cerraba mis ojitos y veía hombres persiguiéndonos, macheteándonos (llora), sentía los aviones así en mi cabeza, echando luces [...] van a echar bomba [...] Caminábamos dando vueltas, las mamás hablaban, pero quedito [...] querían que no escucháramos, que no nos preocupáramos, pobrecitas [...] niños como éramos, sabíamos que querían matarnos.

Aunque Mariana era muy pequeña, recuerda claramente el ataque paramilitar, los testimonios de los sobrevivientes de Acteal, las pesadillas y la persecución. La sensación de frío, lluvia y neblina, que experimenta cuando narra su historia, parecen

¹² Siguiendo la táctica contrainsurgente denominada “aldeas estratégicas, se aprovecha la simpatía de los habitantes progobierno, para organizar la supuesta autodefensa civil, y promover los ataques contra las bases de apoyo del EZLN. Actualmente se ofrece a organizaciones campesinas tierras, a cambio de desalojar a familias zapatistas.

cubrir sensaciones más profundas como el miedo, el dolor o la impotencia. Además de doloroso, su testimonio parece ser contado por la niña de 6 años, quien no sólo recuerda lo que vivió, sino la forma en que su mamá, en un afán de proteger, intentaba ocultarles lo que para los niños era evidente: *querían matarlos*.

Mariana vivió 6 años en un campamento improvisado con hules y palos, prácticamente a la intemperie, sobreviviendo con el apoyo de la organización zapatista y con la ayuda humanitaria de la sociedad civil nacional e internacional:

Noche y día hacíamos cinturones, hombres, mujeres y niños, caxlanes [...] nos sentábamos rodeando a Polh'o agarrando una cuerda, por si llegaban los de *Máscara roja* (paramilitares) [...] Si les tocaba la guardia a mis papás en la noche, nos íbamos con ellos, no nos gustaba quedarnos solos [...] si llegaban a matarnos [...] mejor estar juntos ¿no? En las noches los jtatiks tocaban música tradicional, alrededor de las fogatas. Los chamaquitos bailábamos imitando a los abuelitos. Mi papá reía cuando bailábamos, me gustaba ver a mi papá reír [...] porque sentía que si él reía, es que todo estaba bien.

Mariana habla de la posibilidad de morir que experimentó en sus primeros años de vida, recuerda su infancia en Polh'o, los cinturones que realizaban las familias zapatistas para defender sus campamentos,¹³ pero curiosamente no sólo se remite a su miedo, sino a la extraña capacidad que tienen los y las niñas de ser felices y de hacer felices a los que los rodean, incluso en situaciones tan adversas.

A los 12 años, ella y su familia fueron reubicados en la región selva tseltal, por la organización zapatista. Al igual que los testimonios de los niños que llegaron a la selva, procedentes de las fincas, para Mariana su llegada a la selva también representa uno de los mejores recuerdos de su infancia:

Cuando llegué a la selva, tenía como 12 años, sentía miedo (suspira) [...] pensaba en empezar de nuevo [...] otra vez frío [...] los hules, los palos, cartones *¿Para qué?* Para construir nuestra casa (ríe) [...] Pensaba pues [...] creía que íbamos a llegar a otro campamento (de desplazados), con enfermos [...] muertos, hambre, miedo, huyendo de los paramilitares pues. Pero qué va a ser (ríe). Llegamos a la selva como

¹³ Las mujeres, muchas con sus bebés cargando, realizaban el primer cinturón civil que se oponía a la entrada del ejército mexicano en sus comunidades y campamentos de desplazados para demostrar la violencia a la que eran expuestas, pero también para demostrar su valor y dignidad (véanse periódicos de 1997 y 1998 sobre Acteal, los campamentos de desplazados en Polh'o y Oventik; fotografías de Pedro Valtierra, de enero de 1998).

a las 11 de la mañana [...] había sol, río, milpa y [...] madera para construir nuestra casita (dice visiblemente emocionada) así igualito que ahora, quería llorar [...] no sé por qué [...] pero no paraba de llorar [...] mis hermanitos también lloraban [...] también los hombres, hasta la Enaida (de 7 años) lloraba nomás de vernos [...] Mis papás se abrazaron y lloraron también (ruedan lágrimas por sus mejillas). Era como si hubiéramos guardado lágrimas años y años [...] y un día salieran a montones (llora) [...] No sabía que se podía llorar de alegría.

En 1998 inició una oleada de ataques en contra de las bases de apoyo zapatista y las cabeceras municipales rebeldes, que continúa hasta la fecha. Tomando por blanco principal a las autoridades autónomas, en una estrategia de violencia selectiva, en la que se eligen a personas conocidas y líderes morales para generar miedo y vulnerabilidad, tal como le ocurrió al esposo de Manuela, Antonio, comisariado ejidal zapatista a quien le pusieron una emboscada, en su camino al trabajo en la milpa.

Llegó (su esposo) a la milpa de madrugada como todos los días, regresaba de trabajar, eran como las 12:00 del día, en el camino lo mataron, le dispararon [...] (silencio, mira por la ventana). Petul, mi hijo tenía como 8 años (mueve la cabeza), iba con su papá y su abuelo [...] regresó llorando, todo lleno de sangre [...] (lágrimas) gritando: ¡mataron a mi papá, lo mataron! (recarga su cabeza en sus manos) [...] Yo no sabía si era sangre de mi niño o de mi esposo (me mira y me enseña sus manos), ¡lo abrace, lo revisé, le pedí que se calmara! [...] que me explicara qué pasaba (lágrimas ruedan por sus mejillas) (julio de 2014).

Manuela todavía no logra comprender *¿por qué los paramilitares mataron a su esposo frente a su hijo?* y lo dejaron vivo, para que fuera el encargado de avisar lo ocurrido. Los ataques paramilitares buscan infundir miedo a la población en dos sentidos: físico, con la eliminación pública de una persona reconocida; y psicológico, ya que se pretende paralizar a sus familiares y a todos los que de alguna manera se identifiquen con las víctimas (Martín-Baró, 1990).

Manuela y sus 5 hijos (de entre 1 a 10 años) tuvieron que abandonar su comunidad, un día después del asesinato de su esposo, ante las amenazas y ataques paramilitares nocturnos a su casa. En una charla realizada en 2006 con Petul (9 años), platicó espontáneamente el suceso, mientras se realizaban unas dinámicas de juego. Algo muy sorprendente, además de la serenidad con la que narraba lo ocurrido, era la elaboración y claridad de su discurso, siendo un niño tan pequeño y el evento traumático que experimentó:

Los Chinchulines¹⁴ son muy malos, cuando atacaron mi comunidad, hacían ruidos como de animales, decían que iban a acabar con la semilla zapatista.

¿Qué es eso de semilla zapatista?

Mi papá decía que la semillita zapatista éramos nosotros, los niños en resistencia. Por eso tuvimos que huir, para que no nos mataran como a mi papá [...] él era *pijil winik* (hombre sabio y autoridad autónoma) de la comunidad, lo emboscaron y lo mataron pues [...] Yo no quiero ser autoridad como él, quiero ser insurgente.

¿Y no te da miedo?

Claro que dan miedo los tanques, las bombas, pero más miedo da que maten a mi mamá o a mis hermanitos.

El niño frente a experiencias traumáticas puede desarrollar resistencias, las cuales dependen de la edad y las reacciones de sus familiares más cercanos. Una resistencia es el uso de fantasías pero “otras formas de resistencia psíquica más positivas son el desarrollo de un mayor control interno y el compromiso político con una causa” (Martín-Baró, 1990:239). En su narrativa, Petul no sólo remite a la violencia sino a un posible “proyecto de futuro”, en el que no se busca la venganza sin proteger a sus seres queridos. Cabe señalar que a diferencia de los soldados federales, enviados de otros estados de la República, los insurgentes zapatistas son cercanos a los niños. El EZLN fue organizado como un ejército de autodefensa, cuyo propósito primordial era proteger a las comunidades zapatistas de los ataques promovidos por los terratenientes que los expulsaban de sus tierras.

El testimonio de Petul también nos ofrece la otra dimensión que constituye el contexto de los niños y niñas zapatistas, la organización y la resistencia. Al autodenominarse semillita zapatista, Petul se siente parte de un movimiento en el que pueden hablar y donde los adultos interactúan con ellos, tal como lo demuestran las pláticas que el niño sostenía con su padre (Rico, 2007).

Lo que nos permite entender la resistencia y compromiso con una lucha, por parte de los niños zapatistas, es que para ellos su seguridad está ligada a la unidad familiar, el cuidado del otro, el vínculo con la Madre Tierra y la organización. Sin

¹⁴ Además del grupo paramilitar “Chinchulines”, en la región selva tseltal y en la zona norte de Chiapas operan los grupos paramilitares de “Paz y justicia” y “Movimiento, revolucionario antizapatista”, MIRA, cabe señalar que para los niños de esta región a todos los paramilitares les llaman Chinchulines.

embargo también nos habla de la vulnerabilidad de los niños y niñas zapatistas al ser considerados por el ejército y el propio gobierno, parte del enemigo a vencer.

LA ORGANIZACIÓN Y LA EDUCACIÓN COMO PRÁCTICAS DE RESISTENCIA

A diferencia de lo que ocurre en otros contextos de guerra donde los desplazados internos tienen que buscar un refugio; en territorio zapatista la organización y los lazos comunitarios protegen a sus desplazados y los reubican en tierras recuperadas o en comunidades rebeldes más grandes y mejor organizadas.

La violencia política, así como la organización, han marcado la subjetividad de generaciones de niños y niñas. Algunos de ellos, ahora son padres, madres y autoridades zapatistas que han impulsado cambios al interior de su familia y organización, además han sido capaces de reconstruir su vida a pesar de las experiencias dolorosas.

Como ya se ha explicado, la educación es preponderante en la formación de las bases zapatistas, incluyendo a los niños. Al respecto, Ana María habla de su trabajo como promotora y Comité de educación autónoma:

En la educación del *chopolajualil* (el mal gobierno oficial) no tratan bien a los niños indígenas, en vez de enseñarles, pegan, maltratan, regañan. Así me hicieron a mí, si no hablabas español te pegaban, te hincaban en piedras [...] te enterraban agujas en las uñas. Nosotros no nos capacitamos para ser maestros, sino promotores, tenemos el compromiso de promover el conocimiento en nuestros pueblos (abril de 2015).

Un aspecto interesante de esta educación es el trato que reciben niños y niñas en las escuelas autónomas por parte de los promotores, quienes se refieren a los pequeños como compañeros: la compañera Rosita, el compañero José Luis, así sea que Rosita tenga 4 años y José Luis 6. Otro rasgo importante y diametralmente opuesto a la escuela oficial, es que las niñas puedan llegar con su traje tradicional y estudiar en compañía de los hermanitos pequeños (Núñez, 2011; Rico, 2007). Sin olvidar que el calendario está organizado de tal forma que no se interponga con las actividades del campo, las cuales también son problematizadas y analizadas en la currícula escolar. En este sentido, Ana María explica:

En la educación zapatista hay que estimarlo al niño, hay que quererlo, hay que sembrar la semilla en la cabecita para que siga la lucha. Regañando no va a aprender, con amor va a aprender el niño las letras [...] Me gustaba mi trabajo como promotora, porque los niños tienen un amor muy diferente y pues [...] aprendes mucho de ellos. Son muy

tiernitos. Las matemáticas les gustan mucho, las letras no quieren, los números sí [...] hacer sumas (abril de 2015).

Pero ¿qué piensan los niños y las niñas de hoy sobre la organización y el papel que desempeñan ellos y sus madres? Freddy (hijo de Ana María) y Alma (hija de Gabriela) narran lo siguiente:

A veces la acompaño (su mamá) [...] Cuando era chiquito, me iba con ella al Caracol, a trabajar en la Junta de Buen Gobierno (JBG), me gustaba estar allá, jugar en la cancha, ver a los compas de la montaña, saber que no estamos solos pues [...] que somos un chingo (muchos), se siente bonito [...] Pero ahora [...] ya estoy cansado (se rasca la cabeza) no sé cómo mi mamá no se cansa [...] Ahora me quedo con mis abuelitos, voy a la milpa (a sembrar), a la escuela o ayudo en la casa, echo tortilla [...] De por sí, cuando sea grande voy a tenerme que ir a la JBG, como voy a ser autoridad (zapatista) (Freddy, 12 años, abril de 2015).

En la escuela autónoma saben que mi mamá es insurgente, y que tiene mando (me dijo susurrando) es teniente, es bien chingona [...] Mi papá es capitán (dice emocionada, aunque continúa susurrando) pero casi no lo veo [...] sé que es bien valiente y lucha por nosotras [...] Mi mamá no es como las otras mamás [...] ella sabe cazar, caminar en la noche (camina alzando los pies) no le tiene miedo a nada [...] Yo quiero irme a la montaña [...] pero ella (su mamá) quiere que me quede [...] que sea Comité de salud o educación [...] pero yo creo que no importa dónde [...] lo importante es luchar ¿no? (Alma, 11 años, julio de 2015).

En los testimonios de Alma y Freddy están presentes el orgullo y amor que sienten por sus padres, pero también la tristeza por no poder estar con ellos, como una familia tradicional. Además de que expresan la necesidad de decidir cuál va a ser su futuro. Aunque están pequeños, asumen responsabilidades y piensan que deben continuar con la lucha, ocupando cargos al interior de la organización y relevando a sus padres.

Paradójicamente, son ahora esas niñas y esos niños los que se vuelven guardianes de la familia, pues el brusco crecimiento mental que les arrebató la posibilidad de una niñez lúdica y normal los hizo adultos que habitan pequeños cuerpos (Alvarado *et al.*, 2012:209).

Aunque resulta sorprendente el nivel de maduración de estos niños y su compromiso político con sus pueblos, su mirada está llena de inocencia y esperanza. En este sentido, quién puede explicar, y desde qué parámetros, las características que debe cumplir una “infancia normal”.

Los niños y las niñas zapatistas juegan, gritan, ríen y no sólo sueñan, sino que construyen al lado de sus padres un futuro mejor para ellos, y tal como lo hicieron sus abuelos, piensan que las nuevas generaciones merecen vivir mejor. Ninguna generación de niños/as indígenas de la selva chiapaneca, en ninguna etapa de la historia han tenido una “infancia normal”, la desigualdad, la exclusión, la marginación y la colonización siempre han sido sus compañeras. Las condiciones de violencia política en este contexto les afectan, sin embargo, los adultos zapatistas por más de 30 años han delegado su trabajo político de generación en generación; por medio de la memoria y la sabiduría ancestral han intentado revertir la naturalización de la violencia en la infancia indígena. Con organización y resistencia, día a día luchan por cubrir las necesidades de salud, educación, techo, alimentación de sus niños y niñas de la forma más digna, y sobre todo con respeto y amor hacia los pequeños.

A MANERA DE REFLEXIÓN

La violencia política en contra de las bases de apoyo zapatista por más de 30 años ha dejado huella en las infancias, sin embargo, también aprendizajes. Los niños y niñas que han crecido en este contexto son ahora adultos, autoridades, promotores, insurgentes, padres y madres que al lado de sus familias han resistido la guerra construyendo nuevas relaciones, formas de hacer política, espacios formativos y performativos que permiten ubicar el tipo de sociedad que buscan construir y en la que se incorpora a las nuevas generaciones.

Así como los niños y las niñas crean sus propios espacios para jugar, pensar y desarrollarse, la propia estrategia de reproducción político-pedagógica zapatista contrarresta las políticas contrainsurgentes del gobierno mexicano en su territorio. Demostrando así, con su permanencia en la selva, que el ejército federal mexicano ha podido ocupar territorios, pero no las mentes ni los corazones rebeldes.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarado, Sara Victoria, María Camila Ospina-Alvarado y María Cristina Sánchez León (2015). “Construcción social de la subjetividad política de niños y niñas en contexto de conflicto armado: acción colectiva en la escuela como alternativa de paz”, en René Unda, Mayer y Llanos (coords.), *Socialización escolar. Procesos, experiencias y trayectos*. Quito: Clacso/ Universidad Politécnica Salesiana.

- (2012). *La escuelas como territorios de paz. Construcción social del niño y la niña como sujetos políticos en contextos de conflicto armado*. Buenos Aires: Clacso, Colección Red de Posgrado.
- Arendt, Hannah (1958). *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Baronnet, Bruno (2015). “La educación zapatista como base de la autonomía en el sureste mexicano”, en *Educação & Realidade*, vol. 40, núm. 3, julio/septiembre, Porto Alegre, pp. 705-723.
- , Mariana Mora Bayo y Richard Stahler-Sholk (2011). *Luchas “muy otras”. Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas*. México: UAM-Xochimilco/CIESAS/UNACH.
- Bruner, J. (2004). *Realidad mental y mundos posibles: los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona: Gedisa.
- Bonfil, Paloma (1999). *Oficios, conocimientos y padecimientos: la salud como práctica política en el mundo indígena femenino*. México: Cuadernos Agrarios.
- Corona, Yolanda y Carlos Pérez (2003). “Infancia y resistencias culturales”, en Norma del Río (2000), *La infancia vulnerable en un mundo globalizado*. México: UNICEF/UAM-Xochimilco.
- De Vos, Jan (2002). *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la Selva Lacandona 1950-2000*. México: CIESAS/Fondo de Cultura Económica.
- Gómez, Teresa (2014). *Los tseltales lo saben: concepciones sobre conocimiento, aprendizaje y enseñanza entre tseltales de Chiapas*. México: Universidad Iberoamericana.
- Harvey, Neil (2000). *La lucha por la tierra y la democracia*. México: Ediciones ERA.
- Hernández, Aida (1999). *La otra palabra. Mujeres y violencia en Chiapas, antes y después de Acteal*. México: CIESAS/Centro de Investigación y Acción para la Mujer.
- Hernández, Aida y Andrew Canessa (2012). *Complementariedades y exclusiones en Mesoamérica y los Andes*. Londres: Academia Británica de las Ciencia/CIESAS/IWGIA/Editorial Universitaria Abyala-Yala.
- Jimeno, Myriam (2008). “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia”, en Francisco Ortega (ed.), *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 261-291.
- Leyva, Solano Xóchitl y Gabriel Ascencio (1996). *Lacandonia al filo del agua*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social/Fondo de Cultura Económica.
- López y Rivas, Gilberto (1999). “Paramilitarismo e insurgencia en México”, *Memoria*, núm. 133, México, junio, p. 17.
- Lozano, P. (2005). *La guerra no es un juego de niños historias de una infancia quebrada por el conflicto*. Bogotá: Intermedio.
- Llobet, Valeria (comp.) (2013). *Pensar la infancia desde América Latina: un estado de la cuestión*. Buenos Aires: Ciudad Autónoma de Buenos Aires/Red Clacso de posgrados.
- Maldonado-Torres, Nelson (2003). “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto”. Ensayo presentado en charlas en el Centro para Estudios de la Globalización en las Humanidades, en el Centro John Hope Franklin, de Duke University.
- Martín-Baró, Ignacio (1990). “De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso del Salvador”, en, *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. Chicago: UCA Editores, pp. 159-153.

- Mignolo, Walter D. (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Colección: Cuestiones de Antagonismo, AKAL.
- Millán, Margara (2014). *Des-ordenando el género ¿des-centrando la nación? El zapatismo de las mujeres indígenas y sus consecuencias*. México: UNAM.
- Núñez, Kathia (2011). “De la casa a la escuela zapatista. Prácticas de aprendizaje en la región ch’ol”, en Baronnet, Bruno, Mariana Mora Bayo y Richard Stahler-Sholk (2001), *Luchas “muy otras”. Zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas*. México: UAM-Xochimilco/CIESAS/UNACH, pp. 267-294.
- Ospina-Alvarado, María Camila, Sara Victoria Alvarado y Héctor Fabio Ospina (2013). “Construcción social de la infancia en contextos de conflicto armado en Colombia”, en Llobet, Valeria (comp.), *Pensar la infancia desde América Latina: un estado de la cuestión*. Buenos Aires: Red Clacso de posgrados.
- Otunnu, Jasse (2003). Relatoría del alto comisionado de la ONU sobre asuntos de niños, víctimas de guerra, p. 25.
- Paoli, Antonio (2003). *Educación, Autonomía y LekilKuxlejal. Aproximación sociolingüísticas a la sabiduría de los tzeltales*. México: UAM/DDH Fray Pedro Lorenzo de la Nada.
- Pérez, Sales, Santiago Cecilia y Álvarez Rafael (2002). *Ahora apuestan al cansancio. Chiapas: fundamentos psicológicos de una guerra contemporánea*. México: Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez/Grupo de Acción Comunitaria (Estado español).
- Rico, Angélica (2007). “Niñas y niños tseltales en territorio zapatista. Resistencia, autonomía y guerra de baja intensidad”, tesis de maestría Posgrado en Desarrollo Rural. México: UAM-Xochimilco.
- (2013). “Percepciones de niños y niñas zapatistas. Guerra, resistencia y autonomía”, en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 73, septiembre-diciembre, México: UAM-Xochimilco, pp. 57-78.
- Rogoff, Barbara (1993). *Aprendices del pensamiento. El desarrollo cognitivo en el contexto social*. Barcelona: Paidós.
- Sánchez, Héctor J. Pérez (2006). *Pueblos excluidos, comunidades erosionadas. La situación del derecho a la salud en Chiapas, México*. México: Ecosur, Centro de capacitación en Ecología y Salud para campesinos-Defensoría del Derecho a la salud.
- Salles, Vania (1992). *Las familias, las culturas, las identidades. En decadencia y auge de las autoridades*. México: Colegio de la Frontera Norte.
- SIPAZ (2015). *Luchar con corazón de mujer. Situación y participación de las mujeres en Chiapas (1995-2015)*. San Cristóbal de las Casas, México: Servicio internacional para la paz.
- Toledo, Sonia (2002). *Fincas, poder y cultura en Simojovel, Chiapas*. México: PROIMMSE-UNAM/IEI-UNACH.
- Unda, René, Lara, Liliana Mayer y Daniel Llanos Erazo (coords.) (2015). *Socialización escolar. Procesos, experiencias y trayectos*. Ecuador: Clacso/Universidad Politécnica Salesiana.
- Young, Iris Marion (2003). “The Logic of Masculinist Protection: Reflections on the Current Security State”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 29, núm. 11.